

Para una educación cualitativa. Una discusión sobre métodos pedagógicos

IGNACIO MEDINA NÚÑEZ*

*“Donde quiera que la educación ha sido desatendida, el Estado ha recibido un golpe funesto”
(Aristóteles, 1993: 143)*

Introducción

El pensamiento filosófico tiene grandes antecedentes en el mundo occidental desde el tiempo de la Grecia Antigua, sobre todo cuando surgió la ciencia en el siglo VI a.C. con Tales de Mileto y Pitágoras de Samos. Fue entonces cuando por primera vez se distinguió con claridad el mundo de las creencias religiosas del conocimiento basado en los hechos sociales; son dos ámbitos de la existencia muy legítimos pero que siguen sufriendo contradicciones y contraposiciones dentro de la vida de los seres humanos. Se pasó desde entonces del mundo de los dioses que determinaban el destino de la humanidad al mundo de los humanos como autores y determinantes de su historia. Por ello, una de las responsabilidades fundamentales del Estado se centró en la educación: como *Paideia* en el mundo griego para ir llevando a los niños y jóvenes para cumplir con su tarea de ciudadanos en la construcción de una patria común, y como *Educare* en el mundo romano en un sentido semejante de conducción a los ciudadanos para conservar el modelo republicano que tanto defendió Cicerón. Cuando se piensa en la educación, debe seguirse haciendo desde la perspectiva de la tarea histórica de los ciudadanos de una sociedad por mejorar su presente y prever la construcción de un mejor futuro.

La innovación del conocimiento científico había sido iniciada por los presocráticos, de manera especial por Tales de Mileto y los Pitagóricos, pero no representa en la historia una línea ascendente puesto que el mundo occidental experimentó hasta retrocesos cuando el fundamentalismo y oscurantismo se instalaron por siglos durante la Edad Media en Europa y se llegó al asesinato de grandes científicos como Hipatia de Alejandría, Giordano Bruno y a la condena de las ideas de Copérnico y Galileo.

En la época de la modernidad iniciada en el siglo XVI volvió a renacer, junto con las ciencias naturales redescubiertas, la teoría social y política a través de una filosofía que de nuevo observaba el mundo sensible de los hechos para tratar de interpretarlo, pero con la tarea fundamental, como lo expresaba Rousseau en el *Emilio*, de formar también ciudadanos con responsabilidad en las tareas fundamentales de la sociedad.

Este artículo se centra en la discusión sobre tres métodos educativos introducidos desde la antigüedad por los filósofos griegos. Si bien siempre hay una gran responsabilidad del Estado en la educación de los ciudadanos como clave de cualquier desarrollo

* El Prof. Medina es doctor en Ciencias Sociales y profesor investigador en el Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara. Email: medina48@yahoo.com

equilibrado, hay que seguir insistiendo también en lo cualitativo de la formación del capital humano, sobre todo en el sentido de que la educación no puede ser solamente la trasmisión de conocimientos sino la creación de nuevos y enfocados prioritariamente al interés colectivo de la sociedad.

Tres Corrientes de Pensamiento

Voy a utilizar tres imágenes antiguas de una pintura del siglo XVI realizada por Rafael para referirme a tres modelos educativos que podemos seguir discutiendo en nuestro siglo XXI. En la Antigua Grecia durante el siglo IV a.C. habían surgido tres diferentes escuelas a partir de la personalidad impactante de tres grandes filósofos: Sócrates, Platón y Aristóteles. El primero vivió a finales del siglo V a.C. y le tocó vivir la debacle de la Guerra del Peloponeso para luego ser enjuiciado en Atenas y sentenciado a morir en el año 399 a.C. Los dos últimos impartieron sus lecciones en la escuela de Atenas (en la Académica y en el Liceo), siendo cada uno discípulo del anterior. Estos personajes se encuentran bien representados en esa pintura memorable de Rafael del Siglo XVI titulada la *Escuela de Atenas*, y que todavía se puede admirar en el Vaticano, en Roma, en la llamada *Stanza della Segnatura*, utilizada por los Papas para la firma de documentos oficiales.



Entre muchos pensadores y científicos que Rafael quiso resaltar como Anaximandro, Ptolomeo, Diógenes, etc. se encuentran en el centro Platón, sosteniendo su libro el *Timeo* con la mano levantada al cielo, y también Aristóteles, sosteniendo su libro la *Ética a Nicómaco*, apuntando con su mano hacia abajo; ellos dos siempre han sido considerados como verdaderos maestros, pero que tuvieron métodos diferentes de enseñanza. En el cuadro de la *Escuela de Atenas*, también aparece Sócrates, pero se encuentra al lado izquierdo de los personajes centrales y discutiendo con otras personas. Tomo a estos tres personajes como símbolo de tres grandes corrientes pedagógicas que quiero resaltar.

Cronológicamente el primero fue Sócrates, quien fue maestro de Platón, y el último en esa época fue Aristóteles, que fue discípulo del anterior.

El método socrático se ha conocido con el nombre de la *Maiéutica*, palabra griega que significa “ayudar a dar a luz”, basado en el diálogo y la discusión entre los jóvenes; Sócrates desdeñaba los planteles oficiales de enseñanza y dedicó su atención a las personas de la calle y el ágora como el lugar preferido para practicar sus enseñanzas. El segundo método es la Academia de Platón, quien se distinguió de su maestro, y prefirió un lugar fijo y exclusivo desde donde podía enseñar a los ciudadanos a partir de la verdad adquirida por los filósofos, la cual solamente se transmitía y podía ser diseminada entre la población para tratar de llegar a construir un estado ideal. El tercer método es conocido como la Escuela Peripatética de Aristóteles, quien fundó el Liceo, en honor al dios Apolo, dios de la sabiduría, con el objeto de congregarse especialistas de diferentes ramas y discutir continuamente entre ellos en grupo para descubrir nuevas verdades mediante la investigación continua.

De ellos tres, el método más olvidado y menos utilizado –pero en mi perspectiva el más importante para formar actores sociales desde una perspectiva cualitativa– es el de Sócrates conocido como la *Maiéutica*, y por ello lo convierto en un objeto especial de la discusión. Pero podemos ser conscientes de que el método más tradicional y que ha imperado en el mundo occidental es la forma magisterial que utilizó Platón: en un lugar específico que fue la Academia –y que en la Edad Media fue instituida con el nombre de Universidad–, se transmitía la sabiduría como contenidos específicos para privilegio de unos pocos. El tercero, que fue utilizado por Aristóteles en el lugar llamado el Liceo, fue conocido como el método peripatético, en donde especialistas de todo el mundo se congregaban, caminaban en diálogo por los jardines para discutir sus productos de investigación y hacer avanzar más la ciencia.

Cuando le otorgo una gran importancia a la *Maiéutica* no quiero denigrar la necesaria trasmisión de conocimientos que muchos sabios concentran y que nos transmiten para ser aprehendidos por las nuevas generaciones en un método magisterial institucionalizado; es necesario escuchar a los especialistas pero también hay que reconocer que se sobrevalora demasiado la posición de los concentradores del saber cuando así se perciben frente a una masa de ciudadanos ignorantes, como si el conocimiento solamente fuera la trasmisión de contenidos y en donde la principal capacidad de los estudiantes es únicamente la memoria para retener lo expresado por otros. Transmitir conocimientos ha sido

una tarea necesaria en la transición sucesiva de las generaciones de la humanidad, pero el conocimiento se hubiera detenido hace tiempo de no haber surgido la creación de nuevos saberes.

Por otro lado, también se ha comprobado que la educación dominante en una sociedad se ha convertido en la práctica en muchos casos en una educación bancaria y autoritaria, como la describía Paulo Freire en el siglo XX, en donde al receptor se le valora solamente por su capacidad de retención de los contenidos que difunde la clase dominante y no por su posibilidad de creación de nuevos conocimientos liberadores y transformadores. Y esta visión ha llegado también desgraciadamente a sectores de las ciencias sociales como lo atestigua Bauman en su libro *La Sociedad Sitiada*: “Las ideas de los dominadores tienden a ser las ideas dominantes. Las ideas dominantes resultaron ser también las ideas dominantes de los sociólogos, o para ser más exactos, las que dominaban su pensamiento y su práctica” (Bauman, 2004: 14).

Por otro lado, tampoco se debe denigrar la necesaria investigación entre especialistas y el adelanto del conocimiento mediante los seminarios del método peripatético de Aristóteles; de hecho, ésta es una rama importante de la punta del saber innovador que se comparte en centros especializados. Dentro de las universidades, afortunadamente se utilizan ahora no solamente las clases magisteriales sino también este método de seminarios en donde, previa lectura de textos por parte de todos los estudiantes, el ejercicio pedagógico se centra en compartir las opiniones de todos sobre los textos escogidos por el coordinador. El objeto fundamental de este método es la visión crítica sobre el pensamiento tradicional pero al mismo tiempo el compartir los nuevos conocimientos que sectorialmente han ido surgiendo y que siguen impulsando el avance de la ciencia en ámbitos de especialización.

El aspecto negativo en estos dos últimos métodos enunciados es que la mayoría de las evaluaciones se sitúan solamente en el grado de retención que tengan los alumnos, primero, sobre lo dicho por el especialista que vino a ofrecer una conferencia magistral y, segundo, sobre la capacidad de repetir con exactitud lo dicho por los autores de los textos seleccionados. Cuando examinamos los resultados de los exámenes que se realizan al interior de los países de la OCDE –a la que pertenece México desde 1994–, vemos un interesante intento de evaluar a los jóvenes a través de la resolución de problemas usando la lógica racional; sin embargo, cuando los estudiantes están acostumbrados solamente a memorizar contenidos significa que no se ha adquirido

una capacidad creativa y por ello podemos encontrar alguna explicación de por qué los jóvenes mexicanos han llegado a ubicarse en los últimos lugares.

La mayéutica socrática

Queriendo resaltar lo cualitativo de la educación a partir del método socrático, hay que ubicar al maestro solamente coordinador de un diálogo entre los jóvenes e incitador con preguntas para que los interlocutores vayan generando conocimientos propios como sujetos transformadores de su propia realidad. Por ello, se puede mencionar que los mejores alumnos de un curso no son los que han retenido en su memoria lo expresado por el maestro sino los que salen con las mejores preguntas de investigación para seguir reflexionando en su vida posterior.

Dado que Sócrates no dejó escrito alguno, gran parte de su vida la conocemos a través de los diálogos escritos por su discípulo Platón y por referencias de algunos otros autores. Contrario al estilo de la mayoría de filósofos contemporáneos del siglo V a.C. que querían enseñar la verdad desde los púlpitos para enseñar la verdad a todos los discípulos, el método de Sócrates se conoció como *La Mayéutica*, a partir de su origen etimológico en el verbo griego que significa “Ayudar a dar a luz”. Igual que una mujer ayuda a otra mujer a parir y traer al mundo a un nuevo ser, el arte del verdadero maestro puede consistir en propiciar que el estudiante pueda dar a luz el espíritu y conocimiento latente en su interior, utilizando sobre todo las preguntas, el diálogo y la discusión en el mundo real de los jóvenes en las calles de la ciudad.

Sócrates rechazaba los pedestales que utilizaba la mayoría de maestros de su tiempo; se igualaba con los jóvenes oyentes en las plazas, revalorando la sabiduría escondida en cada una de las personas para que la fueran manifestando a través del diálogo. Se puede pensar que cada uno de los seres humanos va adquiriendo sus propios conocimientos en la vida, los va profundizando y tematizando pero también creando nuevos saberes a través de la reflexión personal y dialogada con los otros, entrelazando los puntos contradictorios surgidos en la discusión para llegar entre todos a las verdades consensuadas como producto de la aportación de muchos. Sócrates se oponía a considerar el proceso del conocimiento como la contradicción absoluta entre dos polos, uno de los cuales debía de encargarse de proporcionar y acumular material (contenidos de verdad) en el estudiante, que era como un cajón vacío solamente receptor de lo ya existente.

Para Sócrates, todo ser humano sabe cosas por su propia experiencia y también ignora muchas otras que

solamente podrá adquirir mediante la reflexión y el intercambio continuo de ideas con otros a través del diálogo. Ignorancia y sabiduría están escondidas en todo hombre; la sabiduría se adquiere en la experiencia y mediante la interlocución con otros; los nuevos conocimientos pueden ser alentados con preguntas que guían el proceso de un descubrimiento autónomo en todos los estudiantes; el mismo maestro tiene mucho que aprender porque también es ignorante en muchas áreas; el aprendizaje se realiza conjuntamente entre maestro y alumno, porque ambos adquieren nuevos conocimientos a través del diálogo.

La vida de Sócrates y su mayéutica como método de enseñanza inquietó y sobresaltó a la ciudad de Atenas del siglo V, a. C. Los que se consideraban grandes hombres de Estado, poetas, artistas, oradores, sabios reconocidos, se sintieron cuestionados por el filósofo y sus jóvenes estudiantes; creyendo saberlo todo, se veían descubiertos como no sabiendo nada. Era la clase dominante en una sociedad tributaria y esclavista la que se sintió amenazada en su estructura política ante el posible despertar de conocimientos autónomos, puesto que el proceso dialéctico inspirado por Sócrates no quedaba sólo en el saber contemplativo, sino que terminaba necesariamente en prácticas que modificaban la conducta humana, intentando unir el saber con el ser y la acción. Según Sócrates, ciencia y virtud estaban necesariamente vinculadas de una manera tal que el intelecto, conociendo la verdad, no podía más que arrastrar la voluntad a su práctica; el conocimiento y producción de la verdad podía influir en la transformación y revolución de la sociedad.

En el año 399 A.C., Sócrates fue juzgado por los legisladores de Atenas. En un proceso reseñado en el libro de Platón la *Apología de Sócrates*, fue condenado a morir mediante la ingestión del veneno la cicuta. Las acusaciones de blasfemia y de incitación a la rebelión le merecieron la pena de muerte por parte del tribunal de Atenas: de un total de 556 votos, tuvo 281 en contra condenándolo a morir y 275 a favor. No quiso huir sino someterse a la decisión legal de los legisladores y murió habiendo sido condenado por impiedad y por corromper a la juventud.

La herencia del método socrático fue y permaneció enterrada por muchos siglos sustituyéndola por una docencia magisterial autoritaria donde el maestro poseía toda la verdad. En la historia posterior de Europa Occidental se olvidó la *Maiéutica* durante la era del Cristianismo oficial hasta el siglo XVI y se enfocó a una docencia magisterial y dogmática en donde la verdad ya se tenía a través de la Biblia y solamente había que

transmitirla; se utilizó en la mayoría de las ocasiones de un método impositivo en donde el maestro lo sabe todo, mientras que el educando es una *tabula rasa* a la que hay que imprimirle a golpes el conocimiento verdadero del que carece.

Durante la época medieval bajo el sistema feudal dominante, la enseñanza se cimentaba en la posesión absoluta de la verdad revelada por Dios a la Iglesia Católica; se consolidó un método impositivo y dogmático, en el cual se acentuó todavía más la separación del maestro con respecto al discípulo, en donde las desviaciones eran tratadas como herejías. No se trataba de descubrir verdades nuevas sino sólo transmitir los conocimientos como verdades dogmáticas que debían ser asimilados. Esta posición llegó al extremo de perseguir con la Inquisición, aun con la condena a muerte, a quienes se atrevieron a proponer otro tipo de verdades. En esta intransigencia fueron condenados grandes pensadores como Savonarola y Giordano Bruno, por ejemplo, y en la misma lógica se realizó la llamada matanza de miles de protestantes hugonotes la noche de San Bartolomé en 1572, en Francia.

En este contexto, entre el poseedor de la verdad y el considerado ignorante -que era la contradicción tradicional entre el maestro docente y el aprendiz-, parecía existir un abismo, que sólo podía ser saltado mediante la sujeción total del segundo respecto del primero, sometiéndose dócilmente a ser receptáculo de la única verdad transmitida.

La educación, en el sentido de la mayéutica y que etimológicamente también permanece en las raíces latinas de *e-ducere*, no parece ser un proceso neutro dentro de la sociedad; en la medida en que los educandos se van convirtiendo en sujetos críticos de su entorno, van representando una potencialidad de cambio en relación a los problemas que viven. Así recordamos, por ejemplo, lo que mencionaba Paulo Freire, a raíz de su libro titulado *Educación como Práctica de la Libertad*, en 1970, señalando que con sus propuestas educativas había empezado a ser considerado como un subversivo internacional e incluso como un traidor de la religión de Jesucristo.

Educación: de la transmisión a la generación del conocimiento

En términos generales, se puede decir que en la historia del mundo occidental ha imperado un modelo educativo autoritario basado solamente en la trasmisión de contenidos de conocimiento; es un método que nos heredó el feudalismo europeo con gran influencia de la Iglesia católica y que impera todavía en gran parte

de nuestro medio contemporáneo: se concibe al sabio maestro como poseedor único de la verdad quien, desde su pulpito y con su gran experiencia, frente al pobre ignorante, le induce, aun con la fuerza y con exámenes rigurosos, todo lo que debe aprender.

Todos los ciudadanos sin excepción siempre podemos aprender de la experiencia y sabiduría de otros; pero todo lo que nos viene de los demás tiene que ser aprehendido desde la propia experiencia y con una visión crítica, sabiendo también que todos somos capaces de dar a luz nuevos conocimientos mediante la reflexión y con la ayuda de otros. A esto último está enfocado este método de la maiéutica inspirado por Sócrates: cada uno de nosotros ya poseemos una parte de la verdad sobre las cosas; a partir de nuestras verdades parciales, a través del diálogo y la discusión con los otros, podemos ir aprendiendo a ser sujetos colectivos, con responsabilidad para afrontar en común y dar solución a los problemas sociales.

Los estudiantes y cualquier ser humano no son una *tabula rasa* ni en la educación primaria, ni media y superior sino que tienen ya toda una experiencia y contexto de vida y saber, a partir del cual, mediante el tiempo dedicado a la reflexión, a la lectura, al diálogo y la discusión con los otros, se puede llegar a descubrir nuevas verdades y conocimientos. Si durante 15 siglos creímos a través de Ptolomeo como verdad científica que todo nuestro sistema giraba alrededor de la tierra y se consideró como herejía la propuesta de un modelo heliocéntrico, ¿por qué no podemos considerar que hay todavía nuevas cosas por ser modificadas o descubiertas todavía en el presente cuando la humanidad en su historia de miles de años apenas está en sus primeras fases? ¿Por qué Cristóbal Colón se lanzó a la conquista de las tierras de Oriente por mar cuando todas las teorías de entonces le auguraban un rotundo fracaso? ¿Por qué, si toda la teoría del creacionismo inspirado en la Biblia se vino abajo con la teoría de la evolución hace 300 años, no nos sentimos capaces de seguir descubriendo nuevas verdades? La misma ciencia ha sido cambiante, según lo atestigua Thomas Kuhn en su libro *La Estructura de las Revoluciones Científicas*; la historia de la ciencia está hecha con rupturas y discontinuidades, y dominada en muchas ocasiones por grupos de poder.

El conocimiento no es una verdad ya adquirida por unos pocos que solamente se trasmite a los demás; la educación debe entenderse como la vida que se piensa y reflexiona a sí misma en el contexto regional, nacional y mundial pero con muchas posibilidades de creación a partir de lo ya adquirido en siglos pasados.

Se ha manejado mucho, en nuestra educación tradicional, la idea de la adaptación al mundo moderno: cuando un sujeto está marginado hay que integrarlo a las costumbres de la vida contemporánea porque de otra manera lo consideramos un desadaptado. Se instrumentan así los programas de alfabetización, los programas de capacitación, los talleres, etc. como maneras de integración a un mundo que parece normal. Detrás de esta perspectiva está la concepción tecnocrática del sujeto desvalorizado quien, sólo con la enseñanza que le proporcionan desde afuera, podrá llegar a ser ciudadano digno de este mundo.

Sin embargo, la educación como pura adaptación tiene que ser desechada; la verdadera educación, especialmente al estilo socrático, tiende a convertir al sujeto en actor social, en un creador de nuevas realidades. La sociedad en que vive América Latina, incluyendo México explícitamente, no es propiamente un modelo ejemplar al que haya que adaptarse; vivimos en una sociedad desigual con un modelo de desarrollo que concentra la riqueza social en unas pocas manos y que está destrozando el medio ambiente. Dada la gran magnitud de población que vive en la pobreza, el desempleo y, en los últimos años, en un nivel de violencia que nunca antes habíamos experimentado, de ninguna manera podemos desear que los estudiantes se adapten a este mundo en que vivimos. Debemos, como especialistas sociales, volver al método de una educación cualitativa para conocer y analizar nuestro mundo particular de mexicanos, pero no para adaptarnos a lo que existe sino para ser actores de transformación de esta realidad social.

Si tenemos un modelo de desarrollo tan desigual como lo es este capitalismo salvaje en que vivimos, no podemos pedirles a los educandos del siglo XXI tan sólo la adaptación a vivir dentro del mismo modelo; ciertamente, como un hecho, hay que partir de que vivimos en este mundo globalizado pero tenemos la necesidad de una identidad y un proyecto propio de transformación social. Bauman ha señalado con toda razón lo siguiente: “Los sociólogos han afirmado siempre, la mayoría de las veces contra toda evidencia, que este mundo en que habitamos está *hecho por humanos*, por lo que, en principio, los humanos pueden rehacerlo. En ninguna otra época esa proposición fue más verdadera que ahora” (Bauman, 2004: 34). Pero para ello necesitamos actores sociales, sujetos activos conocedores de su realidad pasada y presente y animosos para construir una mejor sociedad, y no solamente sujetos repetidores que se adapten a este mundo que en realidad es anormal cuando ha orientado todos sus recursos para ser acaparados por unos pocos.

Gran parte de la educación tradicional y autoritaria ha

querido borrar nuestras utopías, olvidando en el caso de México los *Sentimientos de la Nación* por los que luchó Morelos al intentar hacer realidad el sueño de la independencia; se ha olvidado también que Madero y Zapata dieron su vida por un modelo alternativo de sociedad. Ellos fueron desadaptados en relación a la sociedad existente que vivieron, conocieron y estudiaron; se imaginaron entonces una realidad diferente con la cual se comprometieron a luchar queriendo cambiar la que existía en esos momentos. Por estos motivos, tal vez, como Sócrates, fueron asesinados, al resaltar nuevas propuestas de transformación social.

Consideraciones finales

De esta manera, existen, como hemos visto, diferentes métodos educativos. Hemos focalizado tres grandes Corrientes: el primero es la *maieútica* socrática con todo lo que implica del sujeto que aprende y produce; el segundo es el magisterial en donde lo importante es la transmisión de la verdad por parte del maestro frente a sujetos que no saben nada; el tercero es el método peripatético en donde un grupo de especialistas pueden compartir los resultados de sus avances de conocimiento.

No me quiero poner en la opción de optar por uno y desechar los otros porque la educación es un mundo complejo en donde se necesitan diferentes acercamientos: desde el diálogo horizontal entre maestro y alumnos en actividades que se han denominado Simposium y el atento escuchar a personas de gran experiencia y conocimiento en espacios de congresos nacionales e internacionales hasta el compartir avances en seminarios especializados con grupos de científicos. Lo que no se debe olvidar –y por ello hemos querido resaltar tanto el método socrático– es la noción del sujeto de aprendizaje como actor social, en donde junto con el recuerdo que debemos tener de la gran sabiduría de las generaciones pasadas hay que tener en cuenta que lo más importante que debe permanecer en la educación es la generación de nuevos conocimientos.

Sin embargo, es necesario enfocar sobre todo el para qué de la educación, que es el *telos* que debe guiar la utilización de cualquiera de los métodos. Uno de los fundadores de la sociología, A. Comte, nos recuerda el objetivo de toda ciencia: saber para prever, y prever para poder transformar, lo que significa empeñarse con gran seriedad a estudiar los datos reales de nuestra sociedad y analizarlos, pero sobre todo con la finalidad de visualizar mejor el rumbo al que nos dirigimos. Por ello, hemos insistido en que la educación no se reduce a la transmisión de contenidos (lo cual es un paso necesario) sino a la conversión de los sujetos en creadores de nuevos

conocimientos para insertarse organizadamente en la coyuntura específica de correlación de fuerzas de una localidad para hacer prevalecer un mejor proyecto de sociedad. Es el significado también de la frase de A. Comte: *savoir pour prévoir; prévoir pour pouvoir* (saber para prever; prever para tener el poder de transformar). Y esto es urgente en el siglo XXI porque, como dice Giddens, vivimos en un *Mundo Desbocado*, donde “nos enfrentamos a situaciones de riesgo que nadie en la historia ha tenido que afrontar” (Giddens, 2000: 15).

La ciencia social y en particular la educación no son instrumentos neutros en el conjunto de las fuerzas sociales; hay que poner las ciencias sociales al servicio de los intereses colectivos expresando con claridad que queremos una economía distributiva de la riqueza social, queremos un sentido de la política y sus partidos al servicio de los intereses colectivos y no para servirse de los recursos públicos, queremos una cultura de la esperanza con la utopía de un México sin violencia y con justicia social. Para ello es para lo que debemos dar prioridad a la educación. Y si alguien nos cuestiona queriendo señalar que vivimos de sueños irrealizables, podemos recordarles el realismo del gran sociólogo Max Weber cuando afirmó lo siguiente: “en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez” (Weber, 2002: 179). En otras palabras, es indispensable un método educativo que haga sentir a los estudiantes como actores sociales y que pueda revalorizar las utopías, reivindicando el planteamiento de que las cosas pueden ser de otra manera, de que otro mundo es posible, mediante la acción transformadora de individuos y comunidades.

Bibliografía

- Aristóteles (1993). *La Política*. Colección Austral. Espasa-Calpe Mexicana. México.
- Barreiro, Julio (1974). *Educación Popular y Proceso de Concientización*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Bauman, (2004). *La Sociedad Sitiada*. Fondo de Cultura Económica. Argentina/ México.
- Comte, Auguste (2014). *Curso de Filosofía Positiva*. Ediciones Orbis. Consultado en Agosto 2014. <https://es.scribd.com/doc/81133541/Curso-de-Filosofia-Positiva-Comte#download>
- Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del Oprimido*. Siglo XXI Editores. Montevideo, Uruguay.

Freire, Paulo (1974). *La Educación como práctica de la Libertad*. Siglo XXI Editores. México.

Giddens, Anthony (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la Globalización en nuestras vidas*. Taurus. Madrid, España.

Jaeger, Werner (2000). *Paideia: los Ideales de la Cultura Griega*. Fondo de Cultura Económica. México.

Kuhn, T. S. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas. Breviarios*. Fondo de Cultura Económica. México.

Platón (1991). *Diálogos. Apología de Sócrates*. Editorial Porrúa. México

Rocerau, María Cristina; Vilanova, Silvia Lucía (2008). *El diálogo en el quehacer matemático: su valor como recurso*. Universidad del Mar del Plata, Argentina. www.rieoei.org/deloslectores/2132Rocerau.pdf

Sánchez Espillaque, Jéssica; Guzmán López, Elena, et al (1013). *Metodología de aprendizaje activo a través de la mayéutica platónica*. Universidad de Sevilla, España.

Weber, Max (2002). *El Político y el Científico*. Alianza Editorial. Madrid.